

Llamé... Se presentó una joven. Le dije, señalándole a aquel lejano grupo:

—Todos estos bohemios son más o menos curanderos. ¿Quieres ver si hay alguno que me arregle la dislocación de la espalda?

La joven se fué en seguida; cerré la ventana, dejando el cuarto en penumbra; modifiqué los rasgos habituales de mi cara y esperé...

Aquí terminan las notas, al parecer súbitamente interrumpidas.

En la página siguiente se ven estas líneas febrilmente escritas.

Ha venido una vieja...; la he interrogado hábilmente... ¡es Zina! ¡es Zina! ¡Juraría que es Zina! Y Odette está ahí, ahí, a unos centenares de pasos de mí... ¡Estoy seguro! ¡Odette! ¡Odette! ¡Ah, mi querida Odette! Odette, a quien amo como querida y frágil hermanita... ¡estás salvada!...

Y luego esta línea apenas pergeñada en veloces caracteres:

Pero ¿quién llama con tal violencia a la puerta del mesón y a hora tan intempestiva?

CAPITULO XXVI

¿QUIÉN SABE SI DUERME O SI ESTÁ DESPIERTA?

YACÍA tumbada sobre jirones de mantas, extendidas allí por los cíngaros para que descansase, oreada por la frescura del crepúsculo y bajo el primer centelleo de las estrellas; gozoso y abatido a la vez llevaban el corazón.

Devolvían a la ciudad santa a su reina por fin hallada, pero ¡continuaba tan lejos de ellos! En todo el viaje no les había dirigido la palabra ni contestado a una sola pregunta; una vez intentó escaparse.

Volvió la cabeza cuando alguien se acercaba.

Sólo conocía a Zina, a la cual maltrataba con frecuencia y con la cual tenía furiosos altercados, que siempre acababan en lágrimas por una y otra parte. Nunca lloraba ante los demás cíngaros. Era para ello demasiado arrogante; pero les mostraba ojos tan tristes, que ellos tenían por tal motivo el alma acongojada.

A veces trataban de distraerle contándole historias, o

bien tocando con raros instrumentos en su honor aires de danza. Entonces solía cerrar los ojos, como aquella tarde... pero ¿quién sabe si duerme o si está despierta la querida reina?

Aquella hermosa cabeza descubierta, ataviada a usanza cingara con ferroñé de zequíes, aquel grácil cuello dolorosamente inclinado, aquella actitud apesadumbrada hasta en el reposo que simula quizá aquella boca entreabierta para exhalar suspiros sin fin, todo les intriga sin aleccionarles... Si no duerme, ¿en qué piensa? ¿En qué piensa?

—Piensa en su país—mumura la vieja Oliva entre dientes vacilantes.

—Una cingara no tiene país—replica Suco con voz despegada, mientras remienda los arreos de su penco.

Pero el jefe de la tribu, Sumbalo, un viejo curtido con barba gris de polvo, dice:

—Lever-Jurn vendrá a ser la reina de las naciones; con esta niña surgirá de sus ruinas para deslumbrar al mundo; está escrito.

Olajai dejó de atizar el hogar intermitente, se irguió y dijo:

—La fúnebre neblina se disipará; el hermoso día tantos años esperado brillará al fin, se congregarán los hermanos, todos serán grandes, todos libres. Sus escuadrones victoriosos llenos de nobles pensamientos, fuertes por una fe única, marcharán contra el enemigo.

Pero no tuvo éxito; sus palabras cayeron en el vacío

por haber servido a un rumí y no faltar motivos para desconfiar de él.

Entonces la joven Ari, que frisaba en los diez y seis años, dejó de cortar juncos y dijo:

—Si no duerme, piensa en el rumí que ama.

Todos desviaron sus ojos hechos ascua de aquel lado, y sintió Ari en los oídos revoloteos de injurias. Ella no la había raptado y no se apeó de lo dicho.

—No se escoge lo que se ama—replicó—. Yo le he visto por Santa Sara; es más hermoso que Suco.

Algunos se echaron a reír, pero Suco, que acariciaba ciertas pretensiones, le tiró una piedra, llamándola *usheia* (perra).

—Ya te denunciaré al gran Coesre cuando lleguemos a Lever-Jurn.

En esto Sumbalo, señalando a Odette dormida, los apaciguó.

No, no dormía. Pensaba en él, en él y en su padre, cuyo triste fin ignoraba, y en todas las personas que la querían. ¿Qué hacían? ¿Por qué no corrían a libertarla? ¿Fue posible que la raptaran como el viento arrastra una pluma de pajarillo y la pasaran más allá de la frontera, viéndolo todos y sin que nadie se resolviera para salvarla? ¿Fue posible que viajase tantos días en el fondo de aquella carreta, *como si fuese ello la cosa más natural?*

Los gendarmes pasaron a su lado, los empleados de aduanas se presentaron y lo inspeccionaron todo. Vié-

ronlo y nada dijeron. *Y ella tampoco había dicho una palabra. ¿Qué sortilegio era éste?*

Todo su más recóndito ser íntimo se soliviantaba, toda su voluntad se distendía para gritarles: «salvadme», y sin embargo, no hizo un gesto ni proferido un grito *jante la mirada de Zina!*

Había querido a aquella Zina, a aquella mala bruja de vieja. Cuando los chiquillos del lugar se apartaban gritando de aquella gitana; cuando las mozas de la Camargue, persignándose, evitaban su encuentro, ella, Odette, iba hacia la bruja, arrastrada por una fuerza desconocida, y acudía a las encrucijadas, donde la esperaba la vieja sin previo concierto entre ambas.

En esta horrible aventura, ¿fue Zina su ángel bueno o su ángel malo? ¿Ángel aquella mala bruja de vieja? Y sin embargo, había salvado a Odette... Sin Zina, Odette hubiera perecido a manos de Calixta y del salvaje de Andrés? ¿Qué hubo de decirles? ¿Qué pudo mostrarles? *¿Qué miraron todos bajo el tul que cubría sus espaldas?* Le llamaron su reina, su querida reina. ¿Por qué? ¿Qué tenía que hacer con aquellas gentes? *¡Ella, Odette de Lavardens, era ahora reina en una carreta!*

Todos los bohemios son brujos. El mundo entero lo sabe. Estaba, pues, hechizada. Hechizada por aquella mala bruja de vieja, de nariz ganchuda, a la cual detestaba y a la vez estrechaba contra su corazón y sus harapos entre suspiros...

La detestaba, y sin embargo, sufría ansiedad cuando

no la veía rondar en torno suyo y cuando le faltaba el refugio de sus brazos temblorosos y descarnados: explicadlo como queráis; era así. Cuando Odette lloraba en silencio, sentía a sus pies un vaho cálido; era Zina que le adoraba. Ahora Odette creía en los cuentos de hadas.

De pronto, una especie de tumulto le abrió los ojos.

Irguióse de un salto y corrió a refugiarse en la carreta, lanzando alaridos de bestezuela herida...

Allí estaban Calixta... Calixta, su cruel enemiga, y el salvaje Andrés.

Acababan de llegar al círculo de bohemios iluminados por la llama que lamía los flancos de un caldero.

Y todos les rodearon dándoles la bienvenida con saltos y carantoñas y hablando todos a la vez.

Odette sintió cómo su corazón batía su frágil pecho cual martillo el yunque. Se agarró con las uñas a las paredes de la tienda para no hundirse, pues quería ver.

—¡Ah! Calixta, Calixta... la amiga de su Juan, a la que quizás Juan amaba aún. Odette levantó la cortina de la guardilla..., pero la corrió al punto con tal rabia, que la desgarró. La miraba Calixta.

Calixta, que por fin volvió sus ojos a la carreta, en que Odette acababa de encerrarse. Aquellos ojazos ¡eran bellos, magníficos aquellos ojazos! ¡Más hermosos que los suyos quizás! ¡Pero eran malignos y hay hombres que aman ojos como éstos... pues Juan los había amado!

¡Juan había besado esos ojos, como habría besado los suyos! Juan le había mentado. No, ya no amaba a Juan.

¡Y esa Calixta le había querido matar! ¡Hacerla sufrirl
¡Arrancarla los ojos!

Lanzó un grito, retrocediendo horrorizada. Calixta, seguida de Andrés, se dirigió riéndose hacia la carreta...

Odette se abalanzó hacia la puerta, gritando:

—¡Zina! ¡Zina!

¿Qué hacía Zina?

Sin Zina estaba perdida... Condenada a muerte.

Y no sería Olajai ciertamente, el misterioso Olajai, que no cesaba desde el comienzo del viaje de mirarla a hurtadillas sin dirigirle una sola vez la palabra; ese Olajai, del cual desconfiaba todo el mundo y cuya cara no le era enteramente desconocida (la vió alguna vez, meses, años atrás, sin duda); no, no sería él el que se interpusiera para salvarla de Calixta, como hiciera Zina, pues era inquieto, tímido, azorado de todo, hasta para mirar de lejos, a hurtadillas, con compasión.

De pronto oyó la voz de Zina... Odette se precipitó al ventanuco del carromato. Aquello le pareció una jaula de demonios en torno de Zina enloquecida. Ante ellos la llama del hogar crecía y agitaba sus sombras fantásticas sobre la pantalla densa del bosque, del cual surgían otras sombras fugitivas de otros hogares de las carretas recogidas bajo el pabellón de la arboleda.

La inmensa silueta de los brazos descarnados de Zina parecía llamar a todos los cingaros acampados para señalarles el punto del horizonte por la parte del mesón que amagaba la amenaza. Todos hablaban a la vez y el jefe

de la tribu, Sumbalo, difícilmente lograba que le oyeran. Odette no comprendía lo que decían en su odiosa jerga, que tiene el desgarrado acento de la música del Cobre, pero la emoción general le delataba inminentes peligros. Oliva temblaba, mal sostenida por sus viejas piernas; así alzaba al cielo las manos suplicantes, y Suco, el calderero, cerraba los puños prestos a herir.

Andrés y Calixta se miraban, mientras oían a la vieja. Fruncían terriblemente el entrecejo, y, al parecer, el mismo sentimiento les llenaba el alma.

Nadie hacía caso de Olajai, que, oculto detrás de un árbol, no perdía palabra de cuanto se decía. Calixta vió de pronto su faz cazorra destacada de las tinieblas por el brusco reflejo de la llama. Olajai intentó hurtarse a aquellos ojos, pero Calixta se abalanzó sobre él y recomendó a Andrés que a la fuerza le metiese en el corro de los bohemios, y luego, en cuanto espetó a la turba de sus camaradas unas frases, se hundió en las sombras de la noche por la parte del mesón.